

El asesinato de Emily Langer

Carlos Maza Gómez

© Carlos Maza Gómez, 2020
Todos los derechos reservados

Índice

El cadáver	5
¿Quién había muerto?	15
Lo que vieron los vecinos	31
Las pistas fiables	41
Benjamín Balsano, estafador	51
La caída de Emily Langer	61
De Tallers a Rosellón	71
Huida y detención	83
¿Cómo se cometió el crimen?	91
Informe del fiscal	101

El cadáver

Antonio Carreras le dijo el día anterior a Teresa:

- ¡Madre! No te dije que anteayer vino aquel fulano, Aurelio Martínez, el que nos alquiló la torre...
- Sí, ya sé ¿te dio las llaves por fin?
- Las tengo.
- Ya era hora. ¿Te pagó todo lo que nos debía?
- No todo, dijo que ahí dejaba un diván y no sé qué muebles, una mesa, un par de sillas, para que nos cobrásemos el resto.
- Bueno, ya nos deshicimos de él. Te dije que era hombre que parecía educado pero no me gustaba nada.
- Mañana voy a ver cómo ha dejado aquello.
- Está bien.

El chalet tenía una planta baja y terrado. Eran las tres y media de la tarde. Antes de entrar se extendía un pequeño jardín y una escalinata que daba acceso a la puerta principal. Estaba en la calle de Nuestra Señora de Lourdes nº 5, en la barriada badalonense de Artigas, por entonces una modesta urbanización integrada por una decena de pequeños chalets de gente humilde.

Antonio abrió la puerta principal con la llave y observó frente a él un largo pasillo. Había basura por todas partes, se dijo con fastidio, aquello habría que limpiarlo a fondo, olía a mil diablos. A mano izquierda se encontraba una habitación espaciosa con una ventana que daba al jardín. Un poco más allá en el pasillo se hallaba el comedor, donde observó una mesa con una silla en mal estado. “Esto tendré que tirarlo, no sirve para nada” masculló el hijo de Teresa mientras se abría paso entre un cúmulo de andrajos, bultos irreconocibles y basura. El mal olor seguía siendo penetrante cuando miró en la cocina contigua y mucho más cuando llegó al dormitorio adyacente.

En esta habitación, junto a una ventana que daba a la galería que llevaba hasta la escalera que permitía el acceso al terrado superior, el suelo se mostraba irregular. Aquello apestaba. Extrañado, comprobó que el suelo de mosaico aparecía distinto y perdía la horizontalidad. Lo miró perplejo y solo pudo concluir que aquel individuo, Aurelio Martínez, había sustituido parte del suelo. ¿Con qué objeto?

Lo empujó con el pie y observó que algunos mosaicos se movían un poco. Agachándose, raspó los que veía más inseguros y un par de ellos saltaron descubriendo un hueco y no el suelo de tierra que debía

haber debajo. El olor penetrante le hizo ponerse en pie de un salto, aguardar entre la perplejidad y la alarma un minuto, y luego volverse con rapidez hacia la salida.

En el Juzgado, cuando llegó sudoroso, tuvo que respirar a fondo para serenarse. El oficial lo miraba con cara aburrida. Le hizo pasar al despacho del oficial primero, que le empezó a hacer preguntas:

- Vengo a denunciar...
- Espere que apunto ¿Cómo se llama usted?
- Antonio Carreras Juncosa, soy hijo de Teresa Juncosa, propietaria de un chalet en Badalona, calle de Nuestra Señora de Lourdes número 5.
- Dígame qué le ha hecho venir aquí.
- Verá, un tal Aurelio Martínez le rentó a mi madre el chalet el pasado mes de diciembre. A finales de febrero dijo que lo abandonaba porque tenía que volver con su mujer en Valencia o algo así, no le hice mucho caso, la verdad.
- Siga.
- El caso es que dijo entonces que tenía que llevarse sus muebles y que me daría las llaves más adelante. Yo estuve de acuerdo, bueno, tengo que aclararle que mi madre es mayor, está muy sorda, y yo la ayudo con estos trámites.
- Claro, claro.

- Pues anteayer me vino finalmente el sujeto con las llaves. Me pidió que no alquilara el chalet todavía porque unos familiares de Valencia estaban interesados y les había dicho que se alojaran allí. La verdad es que tampoco hay mucha gente esperando para alojarse en él y le dije que esperaríamos un plazo prudencial, por si se presentaban.
- En todo caso –continuó-, he ido a revisar la vivienda que, por cierto, estaba llena de basura, muebles viejos e inservibles, trapos. En un dormitorio he visto que había debido cambiar el suelo porque el mosaico del mismo era distinto y tenía una altura irregular. Lo he removido un poco. No le he dicho que todo aquello olía muy mal, pero lo peor fue cuando quité algunos de esos mosaicos, que andaban medio sueltos. Debajo se ve un agujero y ha salido de inmediato un olor que solo puede venir de un cuerpo muerto. Por eso no he tocado nada más y he venido corriendo a informar.
- ¿No ha tocado nada más?
- Nada, nada, he venido para acá sin más.
- No será un perro o un gato, supongo.
- No creo, ahí hay un cadáver, me juego el cuello que lo hay.

- Además –añadió pensativo el oficial- ¿para qué enterrar un perro o un gato en una habitación?
- No le he dicho que el chalet tiene un pequeño jardín delante. Si fuera un animal, lo lógico sería haberlo enterrado ahí. Además, hay otro detalle.
- Dígame.
- A los pocos días de alquilarnos la casa fue a ver a mi madre para pedirle un pico y una pala. Dijo que era para adecentar el jardín y quizá plantar alguna cosa, pero según he visto, el jardín está intacto, no lo ha tocado nadie.
- Y usted cree...
- Que era para enterrar a quien sea que haya puesto ahí.

El oficial se levantó y Antonio, como un autómatas, hizo lo mismo. El primero llamó al oficial segundo que abrió la puerta en un santiamén, como si estuviera aguardando detrás de la puerta.

- Paco, vete a avisar a Comisaría que tenemos que examinar lo que haya en un chalet propiedad de la madre de este señor. Yo voy a informar al señor juez, en cuanto llegue. Venga.
- ¿Qué digo en Comisaría?

- Que puede haber un cadáver enterrado en el chalet que te ha dicho el señor. ¿Lo tienes apuntado?
- Sí, ya me dio los datos antes.
- Pues andando.

Comenzaba de esta forma el caso que habría de ocupar las páginas de los diarios bajo el título de “El crimen de Badalona”. En apenas nueve días, los que se tardó en identificar y detener al principal sospechoso, las páginas de los periódicos se llenaron de especulaciones sobre la identidad de la víctima y de su posible asesino.

Pero antes de todo ello el juez marchó hasta el lugar para encontrarse a los guardias que ya custodiaban la entrada del chalet. El revuelo era considerable en su interior. En un rincón, Antonio Carreras permanecía quieto e impresionado, con poco color en la cara.

- Buenas tardes, señor juez –cumplimentó el ayudante del comisario.
- ¿Qué tenemos? –respondió escuetamente el mismo.
- Pase usted por aquí –le indicó obsequioso su interlocutor-, el señor comisario no tardará en llegar pero nos autorizó a levantar el suelo para ver qué había debajo.

